

Gonzalo Drago

## El mar



N una pequeña hondonada en la cordillera de la costa de la provincia de Colchagua, alejada del ferrocarril, circundada de suaves colinas cubiertas de una enmarañada cabellera vegetal, a la orilla del estero «Morales» que serpentea en su lecho pedregoso, La Estrella alza su caserío en torno de la iglesia que yergue su altanero campanario sobre las techumbres y que echa a volar su voz metálica como una bandada de pájaros asustados cuando los domingos abren sus corolas de pereza sobre la ruda fatiga de los hombres.

Cuatro calles silenciosas— polvo en verano y lodo en invierno— alumbradas por vacilantes lámparas a carburo o por el sedante foco de la luna, forman el radio urbano de la aldea. Algunos molinos de viento asoman sus aspas por encima de las copas de los árboles, chirriando acompasadamente, vigilando la distancia con su pupila giratoria cumpliendo con su misión de arrancar de la tierra el agua que oculta en el fondo de su matriz fecunda.



La vida y el tiempo, transcurren entre sus calles y deambulan por las casas, sin que nada turbe la bucólica tranquilidad de los habitantes. Cuando alguien arriba hasta aquel rincón apacible, su presencia es captada de inmediato. Sería inútil que tratara de escapar a las miradas ajenas en un lugar donde los mismos rostros y las mismas voces se repiten con los mismos gestos y las mismas tonalidades durante largos años, donde los niños nacen, crecen y se transforman hasta alcanzar la senectud en el terruño, donde los abuelos labran la misma tierra que sus nietos, los que, a su vez, continuarán apegados a la tierra que los vió nacer.

Por eso, la llegada de Baucha a La Estrella produjo curiosidad. Fué una mañana de otoño, de cielo turbio y amenazante, de rumorosas hojas secas y de árboles taciturnos, cuando algunos vecinos lo vieron descender la colina con paso tardo de animal cansado, vestido de harapos, con los ojos huidizos y temerosos y su perfil de ave de rapiña. Huraño, tímido, con aspecto de perro que aguarda el latigazo del amo, el recién llegado cruzó el rústico puente tendido sobre una torrentera seca y buscó refugio sobre el ancho corredor enladrillado del almacén de doña Tomasa Barrera. Allí permaneció mudo, inmóvil acurrucado, con el inconfundible gesto de un animal acosado. Algunos vecinos trataron de hacerlo hablar, pero el vagabundo apenas respondía con monosílabos, esquivando las miradas, dispuesto a la huida.

Pronto las gentes se dieron cuenta de que era idiota.

Un hilillo de baba viscosa resbalaba de su belfo colgante y sus ojillos huidizos tenían destellos de terror cuando alguien lo instaba a levantarse y continuar su camino.

Al día siguiente de su aparición, los vecinos lo encontraron en el mismo lugar, sentado sobre sus piernas cruzadas, en actitud de grotesco Buda criollo, mirando a los transeúntes con ojos implorantes. Fué el cura Ramiro el primero en llegar hasta su corazón, e inspirarle confianza con palabras bondadosas, con frases de aliento que el idiota parecía no comprender. ¿De dónde venía? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué deseaba en La Estrella? ¿Hacia dónde se dirigía? ¿Buscaba a alguien? De todas las respuestas sólo se pudo obtener datos ambiguos.

—¿Cómo te llamas?

—Baucha.

—¿Y qué más, no tienes apellido?

—Baucha. Baucha.

—¿A dónde vas ahora?

—A ninguna parte.

Los chiquillos de la aldea, cansados de matar gorriones con sus ondas y apedrear a los perros vagabundos, tuvieron una nueva entretención. Como pequeña jauría, perseguían al «aparecido» en bulliciosa caravana, tirándole de los anclajes, arrojándole guijarros y torturándolo sin descanso al compás del apodo denigrante: Ton-to, ton-to, ton-to, ton-to.

¿Qué vientre materno y qué virilidad paterna había



formado aquella masa amorfa y sufriente? Nacido a la orilla de un camino o en el fondo de un rancho sórdido, acunado por las blasfemias de algún padre borracho y por la constante amenaza de una madre despiadada, la trayectoria de su vida de paria había estado siempre circundada por el terror.

Poco a poco los vecinos fueron acostumbrándose a la cotidiana presencia de aquel vagabundo idiota, y venciendo la repugnancia primitiva, le encomendaron trabajos que Baucha realizaba con inalterable lentitud. Sus gestos, sus ademanes, sus palabras y su rostro, todo denunciaba al animal lento e inofensivo que es incapaz de huir para evitar el castigo. Cuando rajaba leña, después de cada hachazo observaba el filo del hacha con morbosa complacencia. Algunas veces permanecía con el arma en la mano, mirando fijamente hacia la distancia.

—¿Qué estás haciendo ahí, idiota? ¿No te mandé cortar leña?

—Sí, patrón. Cortando leña estamos.

Todos aprovechaban sus servicios a cambio de un plato de comida. No conocía el valor del dinero. Era una especie de animal doméstico, sin domicilio fijo, que iba de allá para acá, donde sus servicios eran solicitados. Los esfuerzos por saber algo de su pasado fueron inútiles. Nada sabía de su vida. No conocía padres. No recordaba dónde había vivido antes de llegar a La Estrella.

Aquel pasado nebuloso no despertaba curiosidad en

nadie, excepto en doña Tomasa Barrera, la dueña del almacén «El Lucero», una vieja de rostro aportillado por la viruela, que en su juventud había tenido amores con don Ramiro Mardones, administrador del fundo «Los Queltegües».

De aquel amor había nacido un hijo. Ella, para ocultar su pecado, temerosa de la furia vengativa de doña Mercedes, la mujer de don Ramiro, entregó el pequeño a la primera mujer que quiso recibirlo, en Navidad, cerca de la desembocadura del Rapel. Y nunca más supo de aquel hijo. Su recuerdo era apenas una leve sombra en su memoria, hasta el día en que aquel vagabundo astroso e idiota, apareció sentado en el corredor de su casa, golpeando en sus recuerdos con la mano invisible del pasado. Baucha—pensaba doña Tomasa con supersticioso temor— tenía un vago parecido al finado Mardones.

Ahora que sus mejillas estaban aradas por los años y que sus cabellos blanqueaban destruidos por el tiempo, un tardío remordimiento sacudía su corazón de mujer solitaria. Había sido cruel, despiadada consigo misma, condenándose a la soledad. Y había sido también cobarde para enfrentarse con la maledicencia de la gente que la condenaba por aquel fruto del amor.

Aunque el parecido físico fuera una simple coincidencia del destino o una equívoca apreciación de su memoria, lo cierto es que doña Tomasa sentía compasión por el vagabundo, compasión silenciosa que se traducía en una blanda cama de paja bajo el estrecho co-



bertizo y en el cotidiano plato de comida que le servían sus manos angustiadas que jamás pudieron mecer la cuna del hijo desaparecido.

Y Baucha, con su limitada inteligencia, con su lenta intuición lllagada por los sufrimientos, comprendió que el corazón de aquella anciana era diferente al de la gente que había encontrado en su vida vagabunda. Era como si una pequeña lucecilla inundara el negro lago de su memoria, como si el sol horudara las nubes para posarse sobre sus manos ateridas, como si la luna encendiera su lámpara nocturna para iluminar sus noches. Y por primera vez en su vida sintió en el fondo de sí mismo, en un iluminado ángulo de su corazón, un ignorado sentimiento que se asemejaba a la gratitud, y que ascendió lentamente hasta su rostro para vaciarse en la soledad de sus ojos conmovidos.

\* \* \*

Y ahora, cinco años después de su aparición en La Estrella, encontramos a Baucha, andrajoso como siempre, con su perfil de ave de rapiña, caminando a lentos pasos por el polvoroso camino que conduce a la estación ferroviaria de Marchigüe, bajo un sol adusto que estría su rostro moreno con turbios arroyuelos de transpiración. Sus pies desnudos y duros como pezuñas, van dejando la leve huella de su tiránica inquietud.

Durante muchos años, durante toda su vida tal vez, su marcha fué imprecisa, sin rumbo fijo, sin otra ambición que encontrar un pedazo de pan y un rincón en

que dormir. Pero ahora ansiaba una meta: quería llegar al mar. ¿Dónde había escuchado aquella palabra de suave y misteriosa eufonía? ¿Al lado de qué fogón campesino había escuchado la maravillosa historia del agua verde y profunda que se junta con el cielo? Afirmaba que el mar era mujer. Y que en cada luna nueva se enfermaba, como las hembras. Y que, entonces, toda mujer joven que se bañaba en sus aguas, sentíase acometida del flujo menstrual por un extraño encantamiento. Era su venganza de mujer celosa. Y decían, también, que el mar cantaba. Y que, todo hombre que escuchaba su canción, quedaba sin habla para toda la vida. Y que los náufragos que no eran arrojados a la playa descendían hasta el fondo del mar para servir a la Reina de las Aguas. Y que la Reina era una mujer fantásticamente hermosa, que nadaba desnuda y vivía como lo peces.

Nada podía detenerlo. Ni la compasiva mirada de doña Tomasa, ni la ruidosa cordialidad del cura Rodrigo, ni la palabra mansa del maestro primario, ni el lecho de paja de trigo y el alimento seguro dondequiera que sus servicios fueran requeridos. Nada podía detenerlo. Sentía el alma engarfiada por infinitos llamados que partían del morbosos engranaje de sus nervios tensos. Podría haber sido un juguete, un árbol o un camino. Pero había sido el mar. Y hacia allá caminaba, iluminado por el resplandor de sus sueños, estimulado por una fuerza extraña. Aquella idea fija, aquel deseo íntimo, torturante, emanado de su instinto, lo arrastra-



ba inexorablemente hacia el mar, con la ciega y misteriosa ley que rige la vida y la muerte de las especies migratorias.

— ¡Clavell! ¡Mariposa!

El ronco grito del carretero llegó hasta sus oídos antes de que percibiera a una pequeña carreta chirriante, cargada de carbón, que se dirigía lentamente a Marchigüe, deteniéndose en las cuestas empinadas para procurar descanso a la yunta agotada. Baucha, decidido, se dirigió al carretero con acento que denunciaba su ansiedad:

— ¿Dónde está el mar, compañerito?

— ¡Quiubo, Bauchal! ¿Qué es lo que se te ha perdido?

— El mar, compañerito, el mar.

— ¿Qué es lo que decís vos? ¿El mar? Buena cosa, por lo que te ha dado ahora.

— El mar, agua verde... el mar.

Bauchá gemía como un niño que ha perdido su juguete. El carretero, compadecido y por complacerlo, le dió algunos informes:

— Bueno, hombre, bueno. El mar está lejazo pa ir de a pie. Al otro lao de esos cerros. Es un pueblo. Se llama Pichilemu.

Y Baucha continuó su marcha, con el rostro contraído, ceñudo, con una ciega tenacidad de animal buscando la querencia. ¿El mar era un pueblo, y se llamaba Pichilemu? Pero, ¿no decían que era una mujer encantada? El camino se alargaba hacia el horizonte,



subiendo y bajando en los accidentes del terreno, torturado por un sol inclemente que secaba los pastos de los potreros y encendía la sangre de los animales y los hombres. Algunos pequeños rebaños de ovejas vagaban por las colinas áridas buscando su alimento, balando lastimeramente, latigueadas por el hambre. El paisaje era desolado. Ni un rancho en la soledad de la campiña, ni un riachuelo, ni un pájaro que inundara el cielo con sus trinos.

A lo lejos, desde la altura de la colina en que se encontraba, pudo ver los molinos de viento de Marchigüe, extrayendo el agua desde el fondo de la tierra. Cruzó el puente de cemento del estero «Cadenas», con su cauce seco y pedregoso, que en el invierno se transformaba en un torrente arrollador, que bramaba furiosamente y se abalanzaba hacia las tierras cercanas. Ahora, algunos minúsculos charcos denunciaban su trayecto. Un sauce, en actitud implorante, se inclinaba hacia el cauce seco, de piedras ardidas por el sol. Los espinos, resecos, polvorientos, erguían su angustia y su resignación a través de todo el campo, hasta donde se perdía la vista, como único habitante vegetal de aquella tierra seca.

Cuando arribó a Marchigüe, el sol empezaba a declinar. Pero continuó andando. El lucero de la tarde, el «huellerizo», ascendía por el oriente, mirando hacia la tierra con su pupila roja y titilante. La noche y el cansancio arrojaron al vagabundo de bruces en la cuneta del camino. La tierra lo acogió amorosamente,

mientras las estrellas, altas, puras y lejanas, acribillaban el cielo y los grillos quebraban el silencio de la noche colchagüina.

El amanecer, luminoso, fresco, fragante a tierra humedecida por el relente, encontró a Baucha caminando a grandes trancos por el camino polvoriento. Había perdido su cotidiano aspecto de animal cansado, de tardos pasos, de cerviz curvada hacia la tierra. Marchaba apresurado, con el gesto de un hombre que sabe su destino. La marcha se prolongaba. Tierra, sol, camino, cansancio. El mar no aparecía ante sus ojos. Algunas personas, al ser interrogadas, sonreían piadosamente. Otras se burlaban. Parecíales extraño que un hombre buscara el mar, que deseara tocarlo, verlo, descubrirlo. La palabra misteriosa giraba en la cabeza del vagabundo, fortaleciendo su voluntad, poseyéndolo, presionándolo, y toda su vida era un satélite girando alrededor de la misma idea. Apenas detenía su marcha para mendigar un sorbo de agua o un mendrugo de pan. Parecía que la prolongada permanencia en el pequeño cuenco de La Estrella, incubando su sueño, le hubiera dado fuerzas para desafiar el cansancio, el hambre y la sed que secaba sus fauces y mordía su estómago.

A un lado del camino, una garza inmaculada erguía su inmóvil presencia sobre la suave y ondulante copa de un sauce, y atravesando el cielo azul, purísimo, transparente, una bandada de treiles volaba en dirección al mar. A medida que se acercaba a la costa, el paisaje empezó a cambiar sensiblemente. La tierra roja,



cruzada de profundos badenes, semejaba un extraño paisaje lunar. Las colinas leprosas, roídas por las aguas de las lluvias invernales, que arrastraban la capa de tierra vegetal, sólo acogían a los rudos espinos y a los desafiantes cardos, entre cuyas ramas erizadas de espinas el viento se desgarraba aullando de dolor. Todo era agrio, duro, desolado. Sólo algunos rastrojos amarillos, en las faldas de las colinas, denunciaban al viajero que, en aquellos parajes de rulo, también la tierra era fecunda cuando el hombre encariñado con ella le rasgaba con sorda tenacidad, derrotando a los cardonales.

La distancia trajo hasta el hombre el estrangulado resoplar del tren costino, ascendiendo la empinada y larga cuesta, arrastrándose lentamente, semejante a una serpiente metálica. Un agudo pitazo, que rebotó en los cerros lejanos, anunció su presencia y luego apareció trepidante, enturbiando el azul puro del cielo con su negro vómito de humo, para luego hundirse en el túnel de «Los Lingues». Cuando el último vagón hubo desaparecido, tragado por la montaña, un profundo silencio cayó sobre el campo, ahogado todo rumor por la boca negra e inmóvil de la montaña, de la que continuó saliendo por algunos momentos, una turbia estela de humo que se diluía lentamente en la soledad del campo.

\* \* \*

La luna, colgada en la pantalla nocturna del cielo, besaba los campos yertos, ponía un brillo metálico en



las colinas y creaba inmóviles y perplejos fantasmas en la enmarañada actitud de los espinos. Baucha soñaba. Era un sueño extraño y hermoso. Veíase a orillas de un río ancho, muy ancho, verde como los potreros de trébol o de alfalfa. Las aguas quietas y profundas tenían una extraña transparencia. En el fondo, veía seres extraños, mitad hombres, mitad peces, que lo miraban complacidos y le ofrecían objetos luminosos, relucientes, como si tuvieran un pedazo de sol entre las manos. Y los niños le traían frutas que le ofrecían sonrientes, con los ojos puros, iluminados de piedad.

Después, vió a una mujer blanca, hermosa, desnuda, que lo llamaba desde el fondo del abismo. Se dirigía a él, que nunca había podido acercarse a una mujer sin inspirarle repugnancia, a él, al vagabundo sin nombre, el despreciado de todos, el que nunca tuvo un hogar, el que jamás recibiera una caricia, el expulsado de las ciudades, por los hombres uniformados que no comprendían la miseria ni conocían la piedad en sus corazones de cuarzo sin pulir.

El amanecer, sigilosamente, se asomaba detrás de la cordillera, reventando jubilosamente en la garganta de los pájaros, mientras los cerros se iluminaban con súbitas llamaradas, cuando el hombre reinició su marcha. Después de aquel sueño sugestivo, sentía con renovada fuerza el aguijón de la curiosidad insatisfecha, mezclada con un complejo sentimiento de erotismo primitivo. A ratos, un leve desaliento asomaba sus raíces tímidas en el fondo de su deseo. Parecíale que el mar estaba



demasiado lejos para la cita con la mujer de su sueño. De tarde en tarde sentíase acometido de crisis nerviosas que lo obligaban a correr hasta que el agotamiento lo detenía encadenándole las piernas.

Extenuado, sudoroso, caía de bruces a la orilla del camino y permanecía inmóvil, respirando fatigosamente con las fauces secas, hasta reponer las fuerzas. El mar, como un inmenso imán, atraía fatalmente a aquel pedazo de carne andrajosa y herida.

Los campesinos veíanlo pasar como un sonámbulo, con los ojos lejanos, enflaquecido, el rostro cubierto por una barba de rastrojo hirsuto, ajeno a todo, nutriéndose con la esperanza de ver realizado su sueño. Marchaba estoicamente, cuando creyó escuchar un ruido lejano, extraño, semejante al sordo rumor que acompaña a los temblores. Aguzó el oído. Detúvose atemorizado. Después, cautelosamente, continuó la marcha. A medida que avanzaba, el rumor se iba acentuando, se hacía más nítido, más poderoso en su rugir de bestia herida. Al traspasar un pequeño bosque de pinos, sus ojos asombrados se agrandaron en un gesto de estupor. Ante él, extendíase una fantástica llanura cabrilleante, verde, infinita.

Permaneció perplejo, golpeado por la brusca realidad, sobrecogido ante aquella masa de agua que se arrojaba rabiosamente sobre la tierra, se recogía y volvía a embestir, sin descanso. Poco a poco, el hombre fué calmándose. Su espíritu agitado, su miedo, su an-

gustia, fueron diluyéndose hasta convertirse en un claro sentimiento de alegría, en una nítida captación de esperanza, en un íntimo gozo que se poseionaba de su cuerpo. De improviso, su rostro se iluminó y se echó a reír como nunca lo hacía hecho. En aquel momento, frente al mar, aquel hombre asombrado y jubiloso, era como un niño frente a un juguete largamente deseado.

Maravillado, detúvose a la orilla del mar. Las olas rompían sus salmueras verdes, extendiéndose sobre la arena dura y reluciente, despedazándose sobre las rocas. Las gaviotas graznaban volando sobre la cabeza del vagabundo, y una fragancia extraña y agradable penetrábale por la nariz, impregnándolo de una compleja sensación de angustia y felicidad.

Todo lo que había en él era agua verde, rizada, maravillosa. Y entonces recordó su sueño, sus fantasías oníricas arrancadas a su cerebro enfermo, y recordó, también, la historia escuchada al lado de un fogón. Y como si una voz oculta lo llamara desde el fondo del mar, se despojó de sus harapos, trémulo, anhelante y excitado frente al misterio de su virginidad sexual. Estaba transfigurado. De sus ojos estúpidos había emigrado el terror que se cobijaba en el fondo de sus pupilas. Sonriente, se dirigió hacia el agua. Una ola besó sus pies mendigos. Avanzó lentamente. El agua le alcanzaba el pecho cuando una ola hinchada, pura y ondulante, pasó por encima de su cabeza y lo sumergió en el abismo.



Un momento después el mar era una masa cabri-  
lleante, maravillosamente verde, cruzada por una blan-  
ca bandada de gaviotas iluminadas por el sol, que se  
dirigían, sin premura, hacia Punta de Lobos, que er-  
guía sus rocas gemelas en la distancia, como dos senos  
erectos lamidos por el mar.